

Unidos por la lectura

through which she heard a groan, then low-down grunting, must
be an older man.
She didn't need bundles like this, nor any more. She lived in
one of the most cosmopolitan cities in the world. She went to
poetry readings where nobody knew she was a waitress,
a labourer's daughter, a girl that once cowered in a stack of leather
boots and lost her legs and drank strange teas to get them back.
She could recreate herself, just like that radio actress – the one
who shared her own name and had become the mistress of the
Minister of Labour. Eva Duarte. She'd cut her picture out of the
newspaper. She kept it in a drawer beneath the gems at the
clipping like a blueprint: the blonde gloss of hair, the gems at
her neck, the working girl smiling in triumph. She wore dia-
monds but still spoke out for the poor. Behind the wall, the older
man climaxed and went quiet. Then began the shuffling with
pants, belt, cash. Eva thought of the photo, the way its ink
smudged her skin. She would pluck and pencil her eyebrows. She would
study herself in the mirror, and marvel at the art of making
oneself anew.

There was quiet magic, too, waking up in Andrés' room. Not
the first waking that hauled her out of bed – she did that alone.
Andrés' room held the next part, the slow road to alertness that
heavens over rounds of mate. They sat side by side on Andrés' bed,
hair askew, his eyelids puffed from sleep. Weak light crawled
in through a dusty window. She poured water through a gentle
gourd. The yerba is so bitter he

JAVIER LARA

The First Waking

"Like it?"
"Are you going to the reading at Libertad tonight?"
"Yes."
"Eva."
"Don't wait for me."
"You needed. She would not go. The last time she'd attended a
reading alone, a man with a handlebar moustache (a painter, he
thought) had cornered her in conversation. I want to hear your
poems. She'd glimpsed for a moment. I want to paint you nude. For
the first time, that night, she'd missed La Diabla. Even the
light of Pepe's posturing stirred some warmth.
"Next time."
"Next time," he brought the bombilla to his lips. "Next time." She
tipped the metal straw disappeared into his mouth. She
tried to follow it. She wanted his hands to wrap around her
hips and pin her to the wall, reveal all over her and near old layers
of living clay each other as he begged her to come no bird,
to give her legs and everything above them and between them.
She would see how much he needed her. And then she would
open herself open for him the way the sea opened for Moses.
They would be closer than ever. They would be together since
creation, since and salvation. They would be together since
he would want to be with her; his wanting would be clean
and miraculous. They would be closer than ever, she thought,
and she would feel more solid ground.

154

JAVIER LARA

Unidos por la lectura

Javier Lara

© José Javier Lara Hidalgo, [2018]

Todos los derechos reservados.

*A cada escritor que ha
pasado por mis manos.*

Unidos por la lectura

Casi no recordaba la última vez que había llorado. Sin embargo, aquella mañana varias lágrimas recorrían mi rostro cuando en la báscula vi que había conseguido el objetivo. Aquello se unía a que cada vez que me miraba al espejo estaba más satisfecho, mi físico había cambiado para bien y había logrado salir de una situación crítica de salud después de muchos meses de sacrificio. Estaba ya en el proceso final de la dieta, ahora quedaba estabilizarme en mi peso ideal después de que los nuevos hábitos de alimentación y el deporte me hubiesen hecho perder casi 30 kilos.

El sacrificio tenía que continuar, aunque en parte se había convertido en placer. Mi nuevo físico me pedía actividad, por lo que fue menos traumático sacar tiempo entre el trabajo y los estudios para salir a correr y la única opción era hacerlo por la mañana temprano. Así que a las siete, cada día estaba en el paseo marítimo aprovechando las primeras luces de la mañana. Corría a un ritmo no muy alto, pero constante. El paso de los días había hecho que dejara de sufrir progresivamente para empezar a disfrutar con el recorrido de unos 8 kilómetros en el que llegaba hasta el final del paseo marítimo para desde allí regresar por la misma ruta hasta mi casa.

Cada mañana podía ver el amanecer, me solía coger cuando llevaba ya unos minutos de carrera. En silencio, el astro rey aparecía frente a mí y aprendí a apreciar las diferencias en la salida del sol en función de las nubes que cada mañana tenía el cielo por el este. Unos días estaba completamente despejado y el sol salía en silencio mostrando su circunferencia nítida y contundente; en otras ocasiones las nubes lo ocultaban total o parcialmente. Sin embargo, la presencia de nuestra estrella más cercana siempre se dejaba sentir, en mayor o menor medida, haciendo que la noche diese paso al día, aquello nunca fallaba. Vivirlo en la calle había sido un gran descubrimiento para una vida hasta aquellos momentos sedentaria.

Aunque a veces me costaba salir de la cama, terminar de correr habiendo disfrutado del paisaje y cumpliendo el primer objetivo del día me llenaba de fuerzas para afrontar unas jornadas que no serían fáciles. Pero

es que además aquellas salidas matinales habían supuesto un punto de inflexión en años y años de sentirme inseguro por mi aspecto, de insultos en el patio del colegio y de miradas incómodas por la calle.

Pero ahora estaba allí, trotando en la penumbra una mañana más. No era la única persona que estaba en la calle a aquella hora tan temprana. Además de ver el amanecer, me fijaba en barrenderos, repartidores y otras personas que corrían y caminaban. El rumor de las olas y los graznidos de las gaviotas servían de banda sonora en aquel gran teatro, todo daba al paseo bastante vida cuando aún una mayoría de la ciudad dormía.

La comunidad de privilegiados que salíamos temprano al paseo marítimo aumentó con la llegada del verano. Fue cuando ella se unió cada mañana a la fiesta. Siempre sentada en el mismo banco, me cogía de espaldas en mi ida y de cara en mi vuelta. Aquella chica estaba siempre leyendo minutos después del amanecer. La primera vez que la vi me sorprendió, pero el paso de los días hizo que se incrustase en aquel paisaje matinal, aunque no lo haría como otra persona cualquiera. Empezó a hacerme ilusión verla cada mañana. A la ida, divisar que aquel banco estaba ocupado me llenaba de energía. Cuando salía de casa me preguntaba de qué color iría vestida o cómo llevaría su pelo, largo y castaño. Me gustaba especialmente cuando se hacía una trenza, otras veces iba algo despeinada, aunque lo más habitual es que usara un sencillo recogido.

A la vuelta, podía verle la cara. Normalmente con la mirada centrada en el libro, aunque alguna vez la vi de perfil, mirando hacia el mar, advirtiéndome el tono claro de sus ojos. Aprendí además a leer su gesto. En él podía adivinar si el libro le estaba gustando o no, incluso jugué a pensar el género que leía en función de si su expresión era risueña, seria o melancólica; hasta podía intuir si la noche anterior había dormido bien o no, todo contemplándola fugazmente mientras pasaba a su lado corriendo, ya que nunca le hablé, ni siquiera fui capaz de pararme a saludarla.

Pero no olvidaré un día, el 21 de agosto. Vestía unos *shorts* vaqueros, una camiseta rosa de tirantes y estaba peinada con una trenza. Tras haber girado al final del paseo marítimo, en mi trayecto de regreso, cuando estaba aproximadamente llegando a su altura, levantó la mirada (diría que aquel día leía novela romántica). Orientó su vista al frente y sus ojos coincidieron con los míos. En aquel cruce de miradas, me sonrió y yo noté un temblor en todo mi cuerpo.

No fui capaz de hacer nada, aunque me estremecí. Seguí corriendo sin detenerme, puede que hasta aumentara la velocidad, debí poner cara de pánfilo y ni siquiera le devolví la sonrisa. Solo cuando ya la había sobrepasado, miré atrás. Ella ya había vuelto a la lectura.

Con la ilusión de que aquel cruce de miradas pudiera repetirse, pero al menos pudiendo devolverle la sonrisa, salí a correr al día siguiente. Sin embargo, me frustré cuando me aproximé al banco y lo encontré vacío. Llevaba casi dos meses viéndola a diario y nunca había fallado. Tras todo aquel tiempo me había mirado y sonreído, pero justo al día siguiente, cuando más ganas tenía de verla, no estaba. Aún así, continué corriendo, mantuve la esperanza porque podría llegar algo más tarde y cruzarme con ella a la vuelta. Pensé durante aquellos kilómetros sobre su indumentaria, su peinado, su gesto y sobre si me volvería a sonreír. Pero en la distancia, mi decepción se mantuvo, en el trayecto de vuelta el banco seguía vacío. Mi ritmo corriendo decayó frenado por el malestar de no verla aquella mañana.

Por unos momentos intenté refugiarme en el sonrosado amanecer y cuando había perdido la esperanza, en un fugaz momento en el que levanté la mirada, la vi. Aquel día había dejado el libro en casa, se había vestido con ropa deportiva y estaba corriendo. Venía de frente, con el pelo recogido en una cola, algo acalorada. La piel se me erizó en un escalofrío que me recorrió el cuerpo de arriba abajo porque cuando nos cruzamos me miró y me sonrió, esta vez yo también le sonreí, le dí los «buenos días» y ella me respondió de igual manera para llenarme de júbilo.

Durante ocho días más nos cruzamos corriendo, casi siempre en el mismo punto. A ella se le notaba poco acostumbrada a correr, jadeante y levemente colorada, pero ni siquiera así perdía su encanto. Cuando nos acercábamos creía verla tomar aire y siempre me sonreía mirándome, gesto que yo le devolvía. Pero quería más, un saludo más pausado, unas palabras, conocer su nombre, pero no sabía como hacerlo. Yo era alguien que llevaba casi toda la vida acomplexado por la apariencia física, con una gran dificultad para acercarse a otras personas, de hecho, lo normal no era que una chica me mirase y sonriera.

Los días de verano llegaban a su fin, no sabía si ella continuaría mucho tiempo en la ciudad, si seguiríamos coincidiendo en el paseo marítimo, así que decidí intentar algo.

Una mañana salí de casa caminando con ropa de calle y un libro en las manos. En lugar de correr por el paseo marítimo me senté a leer en el mismo banco donde ella leía iluminada por las luces del amanecer. La historia de las páginas que tenía entre las manos me sirvieron para esperarla, aunque con un ligero nerviosismo. Sabía que tarde o temprano tendría que llegar por mi espalda como yo hacía cuando ella leía. Entre línea y línea, me giraba constantemente buscándola y entonces la vi aparecer, aunque mirándola disimuladamente, de reojo, intentando que no notase que me fijaba en ella. Yo observaba cómo levantaba la vista al frente buscando a alguien, cómo se cruzaba con otros corredores y solo cuando llegó a mi altura, cuando estuvo prácticamente a mi lado, me reconoció. Me giré para verla pasar, la miré y le sonreí. Esta vez fue ella quien me devolvió un gesto de extrañeza.

Me quedé mirando cómo su figura se iba perdiendo mientras se alejaba. Sin embargo, en aquel camino de ida y vuelta, unos minutos después volvería a aparecer en escena corriendo de cara hacia mí. Yo seguí intentando parecer centrado en mi lectura, pero notaba que ella me observaba y cuando llegó a mi posición, se detuvo a mi lado provocando que el ritmo de mi corazón se acelerase como nunca.

—Buenos días ¿Qué libro lees?

Sin saber cómo reaccionar, le mostré la portada, lo último de Julia Navarro, y me dijo que le gustaba. Se presentó como Celia, yo le dije que era Darío, me sonrió, se despidió con un «hasta mañana» y continuó corriendo dejándome con la sensación de haber estado durante unos segundos sobre una nube.

A la mañana siguiente, volví a salir con mi libro en las manos. El sol ya había hecho su aparición en un horizonte que mezclaba rosas y azules. Al llegar al banco del paseo marítimo, Celia ya estaba allí leyendo. Compartimos banco y amanecer para leer juntos aquella mañana y muchísimas más. La lectura y el amanecer nos unieron.

¿Te has quedado con ganas de más?

Espero que te haya gustado este relato. Sé que me ha quedado algo corto. No obstante, si te has quedado con ganas de más, te invito a que continúes tus lecturas con mi novela titulada *Las calles que se volvieron playas*. Está disponible en papel y en formato digital en el siguiente enlace:

[Novela *Las calles que se volvieron playas*](#)